

## LA PIEDAD CATÓLICA, LUGAR DE ENCUENTRO

### SUMARIO \*

#### PRIMERA PARTE:

1. Aclaraciones previas
2. La Iglesia
  - 2.1. Pueblo y Familia de Dios.
  - 2.2. Incorporación y pertenencia;
3. Piedad popular
  - 3.1. El mestizaje latinoamericano.
  - 3.2. Cultura y culturas.
  - 3.3. Nuestra piedad popular y católica.
  - 3.4. Valores y desvalores.

#### SEGUNDA PARTE:

4. En la piedad católica
  - 4.1. Enseñanza de la historia.
  - 4.2. Encuentro fecundante.
  - 4.3. Expresiones de piedad católica.
    - 4.3.1. Devoción a María:
      - A. Culto.
      - B. Devoción.
      - C. Devociones.
      - D. María de América.
    - 4.3.2. Devoción a los Santos.

#### SEGUNDA PARTE.

#### 4. En la piedad católica

Por todo lo dicho anteriormente comprobamos que el término piedad ha des-

\* Ver Primera Parte en CC.MM. N° 81, pp. 157-170.

bordado los límites de la definición que ofrecimos al inicio. La piedad engloba en sí aspectos de la religión, el culto y la devoción. Es casi un sinónimo de espiritualidad.

Además, al decir piedad católica estamos indicando una doble realidad: el aspecto mayoritario de la misma y su índole genuinamente cristiana.

Una breve mirada a nuestra *historia* religiosa, o a nuestra piedad, nos permitirá comprender por qué invitamos a un *encuentro fecundante* entre el pueblo y las élites. Y este encuentro, por lo demás, se ha de iniciar en las expresiones más propiamente *católicas* de la piedad popular. Con esto tenemos ya señalado el itinerario del presente apartado.

#### 4.1. Enseñanza de la historia<sup>55</sup>

El fundamento religioso hispano-lusitano de nuestra piedad popular proviene del *siglo XI*. En ese entonces entra en la península ibérica, mediante los órdenes de Cluny y, posteriormente, del Císter, la influencia cristiana del mundo germánico-romano. Es así como la liturgia romana desplaza a la visigoda y se expande el culto a los santos y a la Virgen María.

Las manifestaciones religiosas del mundo medieval pueden resumirse así: santos, santuarios y reliquias; procesiones, peregrinaciones y fiestas. Todo animado por una riquísima sensibilidad, capacidad expresiva y un hondo sentido del poder de Dios y su providencia. Lo histórico y lo metahistórico estaban profundamente unidos, de tal manera que las causas segundas y naturales perdían fácilmente su consistencia. El milagro por antonomasia era la Eucaristía: se adora el Santísimo Sacramento y aparece la procesión del Corpus Christi.

A partir del *siglo XIII* surgen los órdenes mendicantes y el pueblo se organiza en multitud de cofradías. El fin de estas cofradías, cuya importancia será enorme en nuestra historia religiosa, era la comunión cultural y las obras de misericordia. El misterio de Cristo se va paulatinamente centrando en la pasión. La piedad popular trinitaria y mariana, se encamina hacia los misterios de la Inmaculada y de la Asunción. Finalmente, con la aparición de la imprenta, aparecen innumerables libros devotos y se propaga el teatro religioso con sus elocuentes representaciones de los misterios de la fe.

Todo lo que antecede es, sintéticamente, el mundo religioso que nos llega en el *siglo XVI* por medio de España y Portugal. Sólo habría que agregar, más detalladamente y como enseguida lo haremos, la influencia de la *devotio moderna* y del humanismo renacentista en el contexto del Concilio de Trento.

---

55. CELAM, *Iglesia y Religiosidad Popular en A.L.*, 27-39; Cf. *Puebla*, 4-14, 409-419; CEA, *Iglesia y Comunidad Nacional*, 3-37.

El encuentro constituyente de América Latina estuvo denominado por la tensa dialéctica de conquista y evangelización. La relación entre las religiones paganas y la evangelización pasó por un doble momento: un primer rechazo inicial, seguido de una comprensión asuntiva.

Ya entrado el *siglo XVII* el asentamiento era general. La expresión más íntima de esta fusión fue realizada por el *barroco americano*. El barroco encuentra sus raíces en el medioevo y su espaldarazo en el Concilio de Trento, en oposición a la reforma protestante. La *devotio moderna* le aportó las notas de: cristocentrismo práctico, tendencia antiespeculativa, oración, carácter afectivo, interioridad, subjetivismo, retiro y penitencia.

El barroco constituye el substrato original de la piedad popular de nuestros pueblos. En él se da toda la riqueza expresiva y el sentido del poder divino de la piedad medieval junto a las características propias de la *devotio moderna*. De acá su espíritu dramático y glorificador, exuberante y persuasivo; como así también su colorido sentimental, ascético e interiorizante. En Santa Rosa limeña encontramos un ejemplo preclaro de esta piedad barroca americana.

Llegado el *siglo XVIII* la piedad barroca pierde vigencia en los sectores altos de la sociedad, aunque sigue siendo el alimento y expresión espiritual del pueblo sencillo.

Pero, ¿qué pasó con las élites latinoamericanas? Simplificando, podemos decir que estuvieron sometidas a una doble influencia, las cuales las fueron alejando del pueblo. Muy otra hubiera sido la historia religiosa de América Latina si hubiera existido un intercambio fecundo entre el pueblo y las élites.

La primera influencia está representada por el *humanismo renacentista*, encarnado principalmente en la persona y obra de Erasmo. Si queremos caracterizar en pocas palabras este humanismo cristiano, podemos decir: un cristianismo puro, ideal, antiformalista, de minorías, profundamente crítico del cristianismo expresivo y a veces desviado del pueblo sencillo. La crítica, poco constructiva, era arma mortal en manos de Erasmo, recordemos su opinión respecto a los religiosos: ¡son la mejor especie del reino animal!

Este humanismo propiciaba una vuelta al Evangelio, sobria y moralista, que tendía a traducir el misterio en ética. Habiéndose extendido esta corriente espiritual en la España del *siglo XVI*, llega a nosotros por varios cauces, entre ellos, la línea de evangelización dominicana con sus acentos concientizadores y un tanto rigoristas. Las reglas de san Ignacio para "el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener"<sup>56</sup>, no sólo dan respuesta a las tendencias de la piedad protestante, sino también a algunos aspectos del humanismo erasmiano.

---

56. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 352-376.

En segundo lugar hay que destacar el fenómeno del iluminismo o *ilustración*, tan propio del siglo XVIII-XIX europeo. Su fe en la razón; confianza en la naturaleza humana, desprecio del pasado y optimismo ante el progreso, tuvieron sus consecuencias en el ámbito de la religión. La ilustración católica de España y Portugal, descendiente del humanismo de Erasmo, recibió el impacto de la ilustración deísta y materialista, procedente del emergente poder de la Inglaterra protestante.

Obviamente, esta corriente ilustrada fue ajena a los sentimientos del pueblo; éste siguió sus antiguos cauces, pero privado de realimentación intelectual. Baste decir que en el siglo de nuestras independencias latinoamericanas la mayoría del clero relevante simpatizaba con las corrientes de la ilustración.

Y podemos aún agregar dos líneas sobre la *restauración* operada en la segunda mitad del siglo XVIII y décadas siguientes. Sus centros son el Concilio Vaticano I y el Concilio Latinoamericano de Roma. Significó la romanización y clericalización de nuestras iglesias, desmanteladas por las guerras de independencia y sus consecuencias.

Si bien esta restauración romana se ubicó en línea de continuidad con el barroco, careció totalmente de su energía creadora, su labor fue pues de simple mantenimiento. Tuvo poca influencia sobre la piedad del pueblo. Aparecieron o se renovaron, sí, algunas nuevas devociones, como la del Sagrado Corazón y la Medalla Milagrosa. Pero las élites clericales se mantuvieron, por lo general, paralelas a la piedad popular. Y esta coexistencia pacífica, pero sin mutua fecundación, significó el empobrecimiento de ambas.

Por último, aunque es riesgoso por lo cercano en el tiempo, va una palabra sobre el nuevo período eclesial inaugurado por el Vaticano II. El Concilio supo asumir, en un nuevo contexto, lo mejor de la ilustración católica y de las reivindicaciones de la reforma protestante en un proceso indispensable y alentador de renovación.

Pero la influencia postconciliar centro europea, rica en espíritu ecuménico y humanismo ilustrado, cuestionó el romanismo eclesial y las formas de piedad canonizadas por Trento. Y de esta manera, el catolicismo latinoamericano fue sacudido, tanto en su clero cuanto en el pueblo fiel.

A partir de Medellín y Puebla nuestra Iglesia busca unir en nueva síntesis tradición y progreso, evitando así antagonismos debilitantes y estériles. En este vasto movimiento renovador se inicia una nueva época cuyos protagonistas somos los latinoamericanos de hoy<sup>57</sup>.

El próximo centenario del descubrimiento y de la primera evangelización nos convoca a generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro

---

57. Cf. *Puebla*, 12.

de esperanza. De este modo, el aniversario que preparamos será un auténtico "centenario de la fe rejuvenecida"<sup>58</sup>.

Ofrecemos en la página siguiente una visión sinóptica de la historia recién bosquejada completada con algunos otros datos de diferente importancia.

#### 4.2. Encuentro fecundante

Ya hemos dicho que, si bien la piedad popular es vivida preferentemente por los pobres y sencillos, abarca no obstante todos los sectores sociales.

Pero lamentablemente, la piedad popular latinoamericana sufre, desde hace ya tiempo, por el divorcio entre élites y pueblo. Esto significa que a la piedad del pueblo le falta educación, catequesis y dinamismo, debido a la carencia de una adecuada pastoral. Y, por otro lado, a la espiritualidad de las élites suele faltarle capacidad de síntesis vital, sabiduría contemplativa e instinto evangélico<sup>59</sup>.

Las élites religiosas deben asumir el espíritu de su pueblo, purificarlo, aquilatarlo y encarnarlo de forma preclara; deben participar en las convocatorias y en las manifestaciones populares para dar su aporte. De este modo se enriquecerán a su vez de los valores y manifestaciones religiosas maduradas en el seno del pueblo, los cuales aseguran la dimensión contemplativa, la gratitud frente a Dios, el encuentro poético y sapiencial con la creación, y el espíritu de gozo y festiva celebración<sup>60</sup>.

Creemos que ha sonado la hora de una reconciliación, fecundación mutua, creadora y dinámica entre la piedad de las élites y del pueblo fiel. No se puede seguir admitiendo esa fácil y nociva división entre católicos comprometidos y católicos populares. El sentido integral de la única fe del Pueblo de Dios se expresa tanto en la madura convicción cristiana cuanto en las diversas formas de piedad popular, testimonios ambos del hondo arraigo de los misterios de Dios en la conciencia y en la vida de nuestros pueblos.

Sin pretender repetir el barroco ni la restauración, debemos discernir seriamente la neoilustración progresista y las corrientes de secularización. De este modo podremos construir una Iglesia que integre los mejores elementos del pasado, las dimensiones del presente y los desafíos del futuro. Todo esto "enmarcado dentro de un gran sentido de realismo que asuma los valores

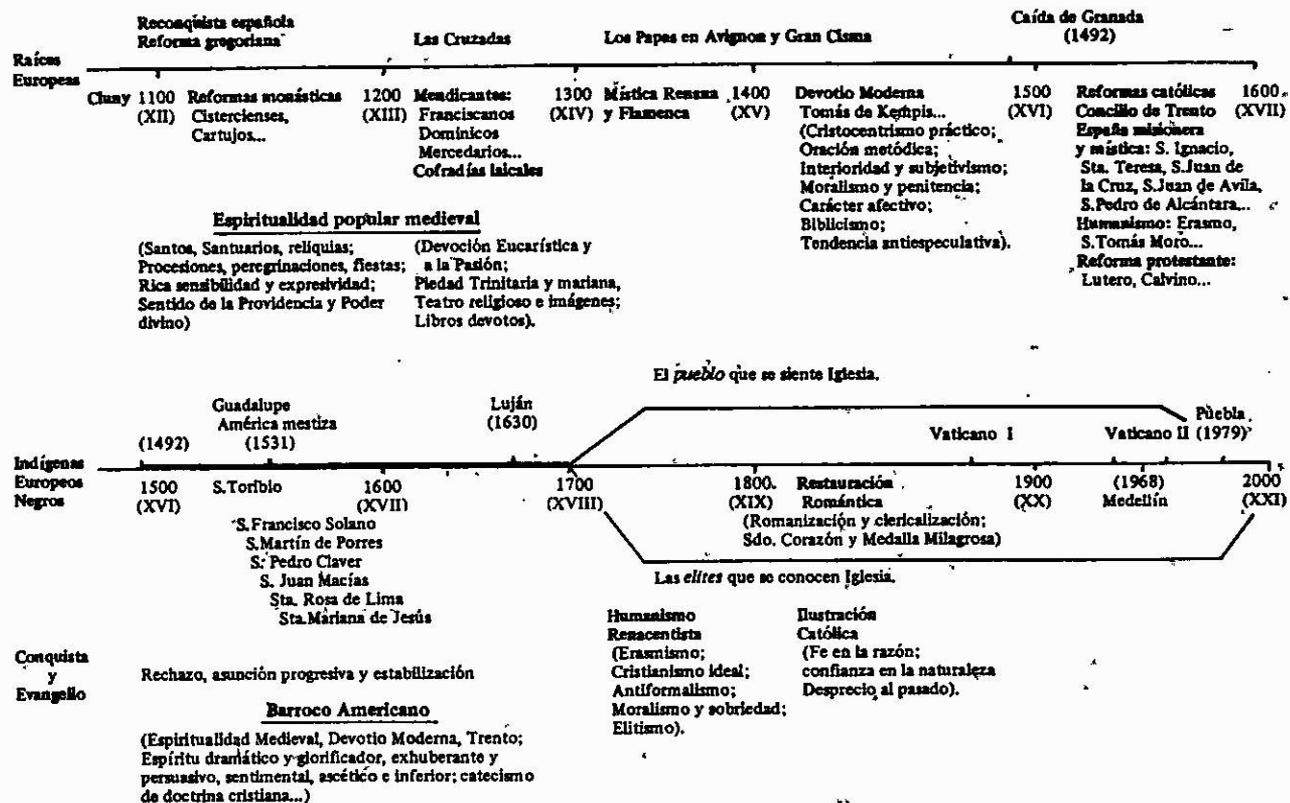
---

58. Juan Pablo II, *A los Obispos del CELAM en Santo Domingo*, 12-X-84.

59. Cf. *Puebla*, 455, 413, 448.

60. *Idem*, 462, 466.

## EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA PIEDAD POPULAR EN AMÉRICA LATINA



del pueblo y lo haga consciente de la originalidad del mensaje cristiano"<sup>61</sup>.

Pero, ¿cómo concretar y programar esta proclama? ¿Por dónde comenzar? ¿Qué está a nuestro alcance? Permitir que crezcan en todos, las manifestaciones más genuinas de la auténtica piedad católica. Ellas son el lugar de encuentro fecundante entre las élites y el pueblo fiel.

#### 4.3. Expresiones de piedad católica

No hay duda que las expresiones de piedad católica vividas por nuestro pueblo son muchas y variadas. Entre ellas podemos señalar las siguientes:

- *Devociones* a María, a los Santos, a los difuntos, a la Cruz y a Jesús Sacramentado.
- *Sacramentales*, tales como el agua bendita, las bendiciones, velas, medallas e imágenes.
- *Santuarios* o lugares de encuentro con Dios y los suyos.
- *Fiestas* y celebraciones que santifican el tiempo, haciendo presente personas, misterios o hechos célebres del pasado.
- *Procesiones* y *pregrinaciones* vividas como un caminar humilde, creyente, gozoso y pascual del Pueblo de Dios en marcha.

Siéndonos imposible desarrollar todas estas expresiones de piedad, digamos, al menos, algunas palabras acerca de dos de ellas: la devoción a la *Virgen* y a los *Santos* en el misterio de Cristo Salvador.

##### 4.3.1. Devoción a María

La adecuada presentación de este tema nos invita a hablar ante todo del *culto*, la *dévoción* y las *devociones*, haciendo en cada caso una particular referencia a la *Virgen*. Luego, sin pretensiones exclusivistas, daremos una mirada a la *presencia de María* en nuestras tierras latinoamericanas.

##### A. Culto

Ya hemos anticipado anteriormente una concepción de culto. A saber: la veneración por un ser, basada en su excelencia, y la sumisión que se experimenta ante su presencia.

---

61. Cf. CELAM, *Iglesia y Religiosidad Popular en A.L.*, 39, 61-62, 198, 201.

Ahora bien, sólo a Dios se lo venera, en razón de su excelencia infinita y suprema, con un culto de adoración o *latría*.

A los Santos les corresponde, por lo que tienen de Dios o por la obra divinizadora de la gracia en ellos, un culto de simple veneración o *dulia*. En este sentido, no sólo es lícito invocarlos y reverenciarlos, sino que también es útil y conveniente. Pero dejemos esto acá pues ya volveremos sobre ello.

A la Virgen María, por su singular excelencia y dignidad de ser Madre de Dios, y todo lo que de esto se deriva, se le debe una veneración superior a la de todos los Santos. Este culto o veneración especialísimo recibe el nombre de culto de *hiperdulia*.

En la misma Sagrada Escritura encontramos ya una serie de afirmaciones que nos muestran la grandeza de María y la consecuente veneración.

Gabriel, el ángel de la Anunciación, llama a María "llena de gracia" y le dice que "el Señor está" con ella. Y ante la temerosa sorpresa de la Virgen, agrega: "has hallado gracia delante de Dios"<sup>62</sup>.

El Espíritu Santo, por boca de Isabel, exalta la persona y el comportamiento de María, diciéndole: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno. Y, ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor"<sup>63</sup>.

Otra mujer, cuyo nombre desconocemos, ante las obras y palabras de Jesús, exclama entusiasmada: "¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!"<sup>64</sup>. Este texto nos permite ver cómo la alabanza a María dice siempre referencia a su Hijo.

Por último, podemos recordar la afirmación de la misma María cuando, movida por el Espíritu profético, predice: "desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada"<sup>65</sup>.

Estos pocos textos revelados nos enseñan cómo el mismo Dios honra a su Madre y quiere que sea venerada por todos nosotros.

La historia secular de la Iglesia y la enseñanza del magisterio de todos los tiempos testimonia el cumplimiento amoroso de estos deseos divinos. El reciente Concilio Vaticano II nos dice a este respecto:

---

62. Lc 1,28-30.

63. *Idem*, 1,42-45

64. *Idem*, 11,27

65. *Idem*, 1,48

“María, ensalzada por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser Madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial... Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo, y lo favorece eficazmente, ya que las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios que la Iglesia ha venido aprobando dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa... hacen que al ser honrada la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas y en el que plugo al Padre eterno que habitase toda la plenitud, sea mejor conocido, amado, glorificado, y que, a la vez, sean mejor cumplidos sus mandamientos”<sup>66</sup>.

Posteriormente al Concilio, el Papa Pablo VI, en su Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, expuso algunos de los “sólidos fundamentos dogmáticos” del culto a la Santísima Virgen. Dichos fundamentos pueden sintetizarse así:

- María, por la singular dignidad de ser madre del Hijo de Dios, es asimismo hija predilecta del Padre y templo privilegiado del Espíritu; por esta gracia peculiar aventaja a todas las criaturas que están en el cielo y en la tierra.
- Su cooperación en los momentos decisivos de la obra de salvación, efectuada por su Hijo, no encuentra nada semejante en ninguna otra criatura.
- Nada iguala su santidad inmaculada y siempre creciente en la medida en que se adhería a la voluntad del Padre y recorría el camino del dolor.
- Su condición y misión en el Pueblo de Dios es absolutamente única; y si bien es miembro excelente del mismo, es asimismo modelo acabadísimo y madre amantísima.
- Pese a haber sido asunta al cielo, sigue cercanísima a todos mediante su incesante y eficaz intercesión.
- Si bien es de nuestra propia raza y hermana nuestra, aunque ajena a la culpa de nuestros primeros padres, su gloria y dignidad personal ennoblece a todo el género humano.

Por lo demás, sólo falta añadir que:

“El culto a la bienaventurada Virgen María tiene su razón íntima en el designio insondable y libre de Dios, el cual siendo caridad eterna y divina, lleva a cabo todo según un designio de amor; la amó y obró en ella maravillas; la amó por sí mismo,

---

66. Vaticano II, *Lumen Gentium* 66.

la amó por nosotros; se la dio a sí mismo y la dio a nosotros"<sup>67</sup>.

Por todas estas razones, este especial culto a la Madre de Dios "es un elemento intrínseco del culto cristiano" y "parte integrante" del mismo<sup>68</sup>.

No obstante, como las diferentes formas de veneración y prácticas de piedad están sujetas al desgaste del tiempo, es siempre necesaria una renovación que sustituya lo caduco, valore lo perenne e incorpore los nuevos datos doctrinales adquiridos por la reflexión teológica y propuestos por el magisterio eclesiástico.

Esta renovación, siempre respetuosa de la sana tradición y las legítimas aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo, ha de subrayar las características trinitaria, cristológica y eclesial del culto a María. Y la implementación de estas tres notas tendrá asimismo en cuenta el dato bíblico, el culto litúrgico, el movimiento ecuménico y la realidad antropológica contemporánea<sup>69</sup>.

### B. Devoción

El culto sin devoción es un culto vano y aborrecible. Habría algún tipo de honra y veneración pero no habría entrega de sí mismo ni prontitud en el servicio.

Detengámonos unos instantes a fin de profundizar el concepto y la realidad de la devoción. Tomamos como maestro al Doctor Angélico de Aquino, quien nos dice:

"La devoción se deriva de la palabra latina *deverè* o sacrificar; y así devotos se llaman los que ofrecen en sacrificio a Dios toda su persona en sometimiento total a El. Ya los paganos llamaban devotos a los que se entregaban a la muerte para la salvación de su ejército, como narra Tito Livio de dos de los Decios. De aquí se deduce que la devoción no es otra cosa que una voluntad pronta para entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios..."<sup>70</sup>.

Es decir que la devoción es el acto interno de la voluntad que se da a Dios con ardor y generosidad; implica de igual modo todas las actitudes internas que corresponden a tal voluntad y la hacen firme y estable; es la donación gozosa y plena de sí a Dios, y al prójimo por Dios, en una respuesta admirada y amorosa al don que El nos ha hecho de Sí mismo. La devoción se funda en

67. Pablo VI, *Marialis Cultus* 56.

68. *Idem, Ibid.*, 56, 58.

69. *Idem, Ibid.*, 29-39.

70. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, 82, 1.

la fe y surge de la caridad; la devoción, en sentido amplio, se puede equiparar a la consagración: el verdadero devoto es un consagrado.

Podemos ahora preguntarnos por las causas de la devoción. Obviamente, la causa principal y externa a nosotros es el mismo Dios. Pero, ¿qué origina en nosotros la devoción? Ante esta pregunta, Santo Tomás responde:

“La consideración de lo que excita naturalmente el amor a Dios causa la devoción. Y, al contrario, todo lo que no pertenece a este orden de cosas y aleja la mente de ello impide la devoción. Todo lo que atañe a la divinidad tiene de por sí máxima virtualidad para excitar el amor y, por consiguiente, la devoción, pues Dios es el sumo objeto de amor. Pero la torpeza del espíritu humano es tal que, así como necesita de guía sensible para el conocimiento divino, también necesita de realidades sensibles para el amor, entre las cuales tiene lugar preferente la humanidad de Cristo”<sup>71</sup>.

Y podemos también preguntarnos, ¿por qué es más frecuente la devoción en la gente sencilla? Escuchemos una vez más la respuesta del Angélico:

“La ciencia y todo lo que implica superioridad puede ser ocasión de que el hombre se envanezca de sí mismo y reste el sometimiento total a Dios. Y así se explica que alguna vez, impida la devoción y que ésta, además, abunde en la gente sencilla y en las mujeres, moderando todo orgullo. No obstante, si el hombre se somete a Dios la ciencia o cualquier otra perfección, con esto acrecienta la devoción”<sup>72</sup>.

Aclarado el concepto de devoción en general, detengámonos a considerar ahora la devoción a María; es decir: el fervor en su servicio para mejor servir al Señor.

La primera verdad a asentar, en relación a la devoción mariana, es la siguiente: Jesucristo Alfa y Omega, es el principio y fin de la devoción a la Santísima Virgen. Esta ha sido, es y será la enseñanza constante de la Iglesia y los Santos. El Profeta de María, san Luis María Grignon de Montfort, llega a decir:

“Si la devoción a la Santísima Virgen alejase de Jesucristo, sería necesario rechazarla como una ilusión del diablo; más lejos está esto de ser así, que, muy al contrario... si esta devoción nos es necesaria, es porque sólo por ella podemos hallar perfectamente a Jesucristo”<sup>73</sup>.

---

71. *Idem, Ibid.*, II-II, 82,3.

72. *Idem, Ibid.*

73. San Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la Verdadera Devoción*, 61-62; 63-65; Cf. Pablo VI, *Marialis Cultus* 57.

Además, la verdadera devoción a María, fundada en Cristo, según la enseñanza del magisterio de la Iglesia, se ha de caracterizar y traducir en:

- *Veneración profunda*: cuando se reflexiona sobre la singular dignidad de la Virgen, convertida, por obra del Espíritu Santo, en Madre del Verbo encarnado.
- *Amor ardiente*: al considerar la maternidad espiritual de María para con todos los miembros del Cuerpo místico.
- *Confiada invocación*: cuando se experimenta la intercesión de la Abogada y Auxiliadora en todas las necesidades.
- *Servicio de amor*: al descubrir en la humilde sierva del Señor a la Reina de misericordia y a la Madre de la gracia.
- *Activa imitación*: cuando se contempla la santidad y las virtudes de la Llena de gracia.
- *Conmovida admiración*: al intuir en Ella, como en una imagen purísima, todo lo que la Iglesia desea y espera ser.
- *Atento estudio*: cuando se reconoce en María su íntima unión al Salvador y su relación imponderable con la Trinidad y el misterio de la Iglesia<sup>74</sup>.

A las características precedentes se le pueden aún agregar, con Grignon de Montfort, las siguientes condiciones de autenticidad devocional:

- *Interioridad*: ha de nacer del corazón.
- *Filialidad*: pues somos sus hijos.
- *Santidad*: reclama una vida de gracia.
- *Constancia*: exige perseverancia en el bien.
- *Desinterés*: sólo Dios en su Madre Santa<sup>75</sup>.

El Vaticano II, por su parte, nos decía:

“Recuerden, finalmente, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes”<sup>76</sup>.

---

74. Cf. Pablo VI, *Marialis Cultus* 22.

75. San Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la Verdadera Devoción*, 106-110.

76. Vaticano II, *Lumen Gentium* 67; Pablo VI, *Marialis Cultus* 38.

Si entre todas estas características y condiciones de genuina devoción a María quisiéramos señalar un único criterio decisivo, no vacilamos en subrayar la imitación de sus virtudes y actitudes evangélicas<sup>77</sup>. Este deseo de imitarla nos remite, seamos conscientes o no, a la acción materna y educadora de María por obra del Espíritu Santo.

### C. Devociones

El culto y la devoción a María Santísima se expresa en innumerables prácticas públicas y privadas. Consideremos las principales devociones o ejercicios de piedad del pueblo cristiano.

Ya hemos anticipado una definición descriptiva de las devociones. Reformulémosla con estas otras palabras: las devociones son actos externos de devoción, o un conjunto de ciertos actos religiosos inspirados por un determinado objeto, o la atracción hacia dichos actos. Veámoslo en forma más analítica:

- *Actos*: en ellos consiste la exterioridad subjetiva y mediante ellos uno se entrega al objeto de devoción.
- *Objeto*: constituye asimismo el aspecto externo y sirven como medio para alcanzar el fin; sobre él recae la atracción del devoto.
- *Atracción*: la cual crea un lazo de amor entre la persona y el objeto, se expresa en los actos, implica una moción del Espíritu y una elección personal.

El último Concilio ecuménico nos amonesta a fomentar con generosidad el culto a la Virgen, particularmente el litúrgico, y a estimar en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad mariana recomendados por el magisterio a lo largo de los siglos<sup>78</sup>. De igual manera recomienda que estos mismos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan<sup>79</sup>.

Y podemos ya indicar en forma sumaria las principales devociones, ejercicios o prácticas marianas reconocidas por el magisterio de la Iglesia.

- *Advocaciones*: El culto y devoción a la Virgen es único e indivisible por parte del sujeto a quien se le tributa: María. Pero esto no impide que revista diversas formas y características, según las diversas causas

---

77. Cf. Vaticano II, *Lumen Gentium* 63, 65; Pablo VI, *Marialis Cultus* 16-22, 57.

78. *Idem, Ibid.*, 67.

79. *Idem, Sacrosantum Concilium* 13.

y títulos en que se inspira. Algunas advocaciones marianas se originan en misterios de María, otras en hechos de su vida o en intervenciones especiales en tiempos y lugares determinados. Estas últimas están en íntima relación con los santuarios marianos. ¿Cuál advocación es la más excelente? Aquella que nos haga más cristianos.

- *Escapulario del Carmen*: En esta devoción, muy extendida en nuestros pueblos, se honra aquella tradición según la cual el profeta Elías percibió desde el Monte Carmelo una nubecilla que luego se convirtió en copiosa lluvia sobre la reseca Israel, es decir: la Madre de Dios, Inmaculada y Fecunda. Se refiere también al escapulario o hábito de la Orden del Carmen, al que según la tradición van adjuntos dos privilegios: la salvación eterna a quien muera llevándolo dignamente; y la pronta liberación del purgatorio a quienes, habiendo vivido según el espíritu de la regla del Carmelo y cumplido fielmente con los deberes inherentes a la misma, murieran vestidos con el hábito carmelita o, para facilidad de los fieles, con el simbólico escapulario.
- *La Medalla Milagrosa*: Devoción vinculada a la visión que tuviera en 1830 Santa Catalina Labouré, del Instituto de San Vicente de Paúl. La Santa recibió orden de acuñar una medalla de la Inmaculada, con rayos de luz saliendo de sus manos y que inundaban la tierra, y la siguiente inscripción: Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros, que recurrimos a Vos. La Medalla Milagrosa plasma el misterio de María Mediadora de todas las gracias.
- *Las Tres Avemarías*: Esta práctica parece remontarse a Santa Matilde (s. XIII). La Virgen le habría prometido que si rezaba todos los días tres Avemarías en acción de gracias a las tres Personas de la Santísima Trinidad, por los privilegios que le había otorgado a Ella, Ella misma la asistiría en la hora de su muerte. Los Padres Capuchinos son los principales propagadores de esta práctica de piedad.
- *Las Letanías*: Término que viene del griego *litaneuo* que significa "yo ruego". Se trata de una serie de invocaciones marianas, con diversos títulos entresacados especialmente de las Escrituras y de los Padres. La fórmula más extendida y aceptada es la de las letanías llamadas Lauretanas o de Loreto, aprobadas por el Papa Sixto V en 1587.
- *El Angelus*: Ejercicio que se fue formando a lo largo de varios siglos: el XIII, XV y el XVI. Consiste en saludar a la Virgen con la recitación de Tres Avemarías, intercaladas con la evocación del misterio de la Anunciación, tres veces al día: al amanecer, al mediodía y al crepúsculo. Si bien algunas costumbres asociadas al rezo del Angelus han desaparecido o difícilmente se pueden conservar, como ser los toques de campanas en las iglesias, lo esencial guarda todo su valor,

es decir: la contemplación del misterio de la Encarnación del Verbo, el saludo a la Virgen y el recurso a su misericordiosa intercesión<sup>80</sup>.

*El Sábado Mariano:* Hacia el siglo X comenzó a dedicarse el sábado, por la importancia litúrgica de que gozaba este día, a María. La Iglesia, desde el siglo XII, asumió esta práctica y la consagró oficialmente en la liturgia, con la institución del oficio de la Virgen en sábado. La vinculación del sábado mariano a la liturgia se debe a la orden benedictina. Los servitas y carmelitas celebran la tarde del sábado con cultos especiales, sobre todo, con el canto de la *Salve*. Los dominicos inculcan la celebración de los quince sábados anteriores a la fiesta del Santísimo Rosario.

*Primeros Sábados:* Práctica originada por san Juan Eudes, pero organizada por la Hermana Dolores Inglese, de la Congregación de las Siervas de María Reparadora. El auge de esta devoción está vinculado con las apariciones de la Virgen de Fátima. En su mensaje, la Virgen pide reparación, manifestada en la comunión de los primeros sábados de cada mes, el rezo del Rosario y la consagración a su Inmaculado Corazón. Las recomendaciones de Fátima se concretan en la práctica de los cinco primeros sábados de cada mes.

- *El Mes de Mayo y Octubre:* La primera noticia que se tiene de la consagración del mes de mayo a la Virgen, se remonta a Alfonso X, el Sabio, Rey de España en el siglo XIII. En sus *Cantigas a Santa María*, el piadoso Rey cantaba los loores de Mayo en honor de la Santísima Virgen. Esta práctica se ve muy estimulada en el siglo XVI y, más tarde, por los Papas Pío VII y Pío VIII, en el siglo XIX. En el mes de octubre, desde las apariciones de la Virgen en Lourdes, y gracias al apoyo de los dominicos y del Papa León XIII, se honra a María en relación con su festividad del Rosario. Entre los orientales griegos, el mes de agosto tiene especialísima importancia por ser el mes de la fiesta de la Asunción.
- *Los Santuarios Marianos:* Se trata de uno de los elementos más notorios del culto y devoción a la Virgen. Son lugares santificados por algún prodigio, con la consiguiente construcción de un templo de Dios, en el que se honra al mismo tiempo el recuerdo de beneficios recibidos por las manos de María. El primer santuario mariano que recuerda la tradición es el de Efeso. El más importante del mundo católico es el de Santa María *ad Praesepe* o Santa María la Mayor en la ciudad de Roma.

Detengámonos ahora un momento en la devoción mariana más extendida y privilegiada: el santo *Rosario*. Recordemos que se trata de un ejercicio de piedad aconsejado por la misma Virgen María en sus apariciones de Lour-

80. Cf. Pablo VI, *Marialis Cultus* 41.

des y Fátima; recomendado, además, por los Sumos Pontífices de los últimos tiempos, desde la carta apostólica *Consuaverunt Romani Pontifices* de san Pío V hasta el Papa actual, pasando por las diez encíclicas de León XIII y la síntesis ofrecida por Pablo VI en *Marialis Cultus*.

El Rosario es una verdadera oración evangélica, por eso es llamado compendio del Evangelio. Y al centrarse en el misterio de la encarnación redentora es una oración hondamente cristológica.

Rezado según la enseñanza de la Iglesia, además de ser oración de alabanza y súplica, es también una oración contemplativa. Por su misma naturaleza, su rezo exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso que favorezca la contemplación de los misterios del Señor, vistos a través del corazón de su Madre.

El Rosario es un vástago germinado sobre el tronco secular de la Liturgia cristiana; es el salterio de la Virgen, mediante el cual los humildes quedan asociados al cántico de alabanza y a la intercesión universal de la Iglesia. Si la Liturgia hace presentes bajo el velo de los signos y operantes de modo misterioso los misterios más grandes de nuestra redención, el Rosario, con el piadoso afecto de la contemplación, vuelve a evocar los mismos misterios en la mente de quien ora, y estimula la voluntad a sacar de ellos normas de vida.

Esta devoción, según la tradición admitida por el Papa Pío V y propuesta por él autorizadamente, consta de varios elementos orgánicamente dispuestos.

- La *contemplación*, en comunión con María, de una serie de *misterios de la salvación*. Estos se distribuyen en tres ciclos que expresan el gozo de los tiempos mesiánicos, el dolor salvador de Cristo y la gloria del Resucitado que inunda a la Iglesia. Esta contemplación, por su naturaleza, ha de llevar a la reflexión práctica y a estimulantes normas de vida.
- El *Padrenuestro* que, por provenir del mismo Señor, es la plegaria cristiana fundamental. Ella ennoblece todas las otras expresiones de oración.
- La *sucesión letánica del Avemaría*. Oración compuesta por el saludo del Ángel a la Virgen y por la alabanza de Santa Isabel, a la cual sigue la súplica eclesial "Santa María...". La serie continuada de las Avemarías es la característica peculiar del Rosario. Su número de ciento cincuenta se distribuye —dividido en decenas para cada misterio— en los tres ciclos de los que hablamos antes.
- El *Gloria al Padre* que, en conformidad con una orientación común de la piedad cristiana, termina la oración con la glorificación de Dios Trinidad.

Cada uno de estos elementos tiene su índole propia, la cual debe expresarse en el rezo, a fin de que el Rosario manifieste toda su riqueza y variedad. Será, pues, ponderado en la oración dominical; lírico y laudatorio en el canto de las Avemarías; contemplativo en la atenta reflexión sobre los misterios; implorante en la súplica y adorante en la doxología.

Muchas veces se piensa que el Rosario es una oración monótona y aburrida. Salvo excepción, esta es la opinión justificante de quienes no han perseverado en su rezo. Un devoto poeta contemporáneo lo vivía de otra manera, he aquí su canto y consejo:

El altar, de la Virgen se ilumina,  
y ante él de hñojos la devota gente  
su plegaria deshoja lentamente  
en la inefable calma vespertina.

Rítmica, mansa, la oración camina  
con la dulce cadencia persistente  
con que deshace el surtidor la fuente,  
con que la brisa la hojarasca inclina.

Tú que esta amable devoción supones  
monótona y cansada y no la rezas  
porque siempre repite iguales sonos...

Tú no entiendes de amores y tristezas;  
¿qué pobre se cansó de pedir dones,  
qué enamorado de decir terezas?

Terminemos recordando la reiterada recomendación del magisterio, hecha voz en la palabra de Pablo VI:

“Después de la celebración de la Liturgia de las Horas —cumbre a la que puede llegar la oración doméstica—, no cabe duda de que el Rosario a la Santísima Virgen debe ser considerado como una de las más excelentes oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar”.<sup>81</sup>

*D. María de América*

Todos los pueblos y naciones pueden decir que María les pertenece. Es-

---

81. *Idem, Ibid., 54.*

to no ha sido nunca motivo de rivalidad, sino más bien un claro testimonio de la total entrega de nuestra Virgen Madre. Podemos, pues, hablar sin temor de nuestra Virgencita de América. Aún más, podemos afirmar que "América Latina es un continente esencialmente mariano"<sup>82</sup>. Esto lo supo apreciar con todo realismo el Papa Juan Pablo durante su visita a México:

"Este Papa percibe en lo hondo de su corazón los vínculos particulares que te unen a Ti con este pueblo y a éste pueblo contigo. Este pueblo, que afectuosamente te llama 'La Morenita' —e indirectamente todo este inmenso continente— vive su unidad espiritual gracias al hecho de que Tú eres la Madre"<sup>83</sup>.

Cinco años más tarde, el 11 de octubre de 1984, al inaugurar en Santo Domingo el novenario en preparación para el quinto centenario de la evangelización en Latinoamérica, y comentando el evangelio de la Visitación, Juan Pablo II nos decía:

"América Latina se ha convertido en la tierra de la nueva visitación. Porque sus habitantes han acogido a Cristo, traído en cierto sentido en el seno de María cuyo nombre llevaba ya una de las tres carabelas de Colón. Y se ha unido de modo particular a Cristo mediante María. Por éllo, este continente es hasta hoy testigo de una particular presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia"<sup>84</sup>.

En efecto, los numerosos lugares geográficos, las incontables capillas, iglesias y santuarios que llevan el nombre de la Virgen y sus misterios es testimonio hartamente elocuente de la peculiar presencia de María entre nosotros.

A partir de 1531, con las apariciones de la *Guadalupana* en la colina de Tepeyac, se abre un nuevo capítulo en la historia de la evangelización de estas tierras.

Nuestra Señora de Gadalupe, joven y embarazada, es la madre que viene a traer a Jesús y a ponerse al servicio de la obra de salvación. Su aparición, entre cantos y flores, la irradiación y el simbolismo de su presencia, son un mensaje para la cultura solar azteca y para el español que reconoce en ella los colores de la Inmaculada y la gloria de la Asunción. El rostro moreno de la Guadalupana es un anticipo de la estirpe que habría de surgir en la América mestiza.

Nuestra María es jovencita. "*Niña mía, la más pequeña de mis hijas*", la llamaba con respeto y confianza el indio Juan Diego. Pero su juventud no

---

82. E. Pironio, *La Evangelización en A.L.*, I:10.

83. Juan Pablo II, *Homilía del 27-I-79 en la Basílica de Guadalupe*.

84. *Idem*, Homilía del 11-X-84 en Santo Domingo.

impide' su entrañable amor materno. En respuesta al azorado vidente, dirá: "No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. ¿No soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y amparo? ¿No soy tu salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta?"<sup>85</sup>.

Entrañas de madre que a todos cobijan. Pero con especial predilección por los más pobres y desvalidos: "Juanito, el más pequeño de mis hijos... hijo mío el más pequeño. Yo soy un hombrecillo, soy un cordel, soy una escalera de tablas, soy cola, soy hoja, soy gente menuda"<sup>86</sup>.

Y la Madre de Guadalupe quiso dejarnos testimonio de su cuidado y preocupación por nosotros. La figura de Juan Diego, que nos representa a todos, quedó reflejada en sus pupilas como prenda perpetua de que estamos siempre bajo el amparo de su mirada.

María nos ha acompañado siempre a lo largo de todo el camino de nuestra peregrinación histórica. Las diferentes etapas de nuestro caminar han quedado espontáneamente relacionadas con su persona.

De la predicación del misterio mariano por parte de los primeros evangelizadores surgen las vírgenes conquistadoras. Se procuraba así, de alguna manera, redimir el brutal choque de culturas y civilizaciones que produjo el encuentro del viejo y nuevo mundo.

Las guerras emancipadoras del siglo XIX vieron nacer a las vírgenes liberadoras y generalas. Su imagen pasó de los navíos colonizadores a las banderas patrias que luchaban contra el dominio peninsular.

Logradas las independencias, María fue nombrada patrona de las nuevas repúblicas. Aparecen así las vírgenes nacionales.

La apertura a la inmigración europea en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, bajo el manifiesto influjo de Lourdes y Fátima, da lugar a las vírgenes peregrinas.

Y ¿qué decir del hoy en que vivimos? La contemplamos ya cómo un gran signo que brilla en nuestros cielos con arreboles de Madre Reconciliadora.

#### 4.3.2. Devoción a los Santos

Nuestra devoción a los Santos se apoya sobre un principio teológico indiscutible: la solidaridad sobrenatural. En efecto, la catolicidad o univer-

---

85. Antonio Valeriano, *Nican Mopohua*, Antigua historia de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, escrita en Nahuatl en 1554.

86. *Idem, Ibid.*

salidad de la Iglesia no se detiene en los límites de nuestra historia y de nuestro mundo; sino que se proyecta hacia toda la realidad, material y espiritual, en una solidaridad cósmica y sobrenatural.

La comunión de los santos es el término tradicional para expresar esta solidaridad de la que hablamos. Ella implica que los aún peregrinos, los que se purifican en el purgatorio y los que gozan de Dios en la eternidad, formamos una sola familia, la Familia de Dios. La creencia en esta comunión es un elocuente testimonio de la fe en la vida eterna. Oigamos ahora la autorizada palabra del Concilio.

“Hasta que el Señor venga... de sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria, contemplando claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es. Mas todos, en forma y grado diverso, vivimos unidos en una misma caridad para con Dios. Pues todos los que son de Cristo por poseer su Espíritu, constituyen una misma Iglesia y mutuamente se unen en El. La unión de los peregrinos con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se robustece con la comunicación de bienes espirituales”<sup>87</sup>.

Y es así como, desde los primeros tiempos, la Iglesia profesó una honda veneración a aquellos hermanos que, habiendo imitado a Cristo e identificándose con El, se durmieron en su paz. La conciencia de comunión que reina en todo el Cuerpo de Cristo, llevó desde los inicios a guardar piadosa memoria de los difuntos, sobre todo la de aquéllos cuyas vidas y muertes se habían asemejado a la del Señor.

“Siempre creyó la Iglesia que los Apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado el supremo testimonio de fe y de caridad con el derramamiento de su sangre, nos están más íntimamente unidos en Cristo; les profesó especial veneración junto con la Bienaventurada Virgen y los santos ángeles e imploró piadosamente el auxilio de su intercesión. A éstos pronto fueron agregados también quienes habían imitado más de cerca la virginidad y pobreza de Cristo y, finalmente, todos los demás, cuyo preclaro ejercicio de virtudes cristianas y cuyos carismas divinos los hacían recomendables a la piadosa devoción e imitación de los fieles”<sup>88</sup>.

El *motivo último* de nuestra veneración a los Santos es, obviamente, la gloria de Dios. Pero no faltan otros *motivos secundarios* o de conveniencia y utilidad. Efectivamente, al estar íntimamente unidos a Cristo, los Santos:

87. Vaticano II, *Lumen Gentium* 49.

88. *Idem, Ibid.*, 50; *Sacrosanctum Concilium* 10.

- Consolidan más eficazmente a la Iglesia en su santidad.
- Ennoblecen el culto que nosotros ofrecemos a Dios acá en la tierra.
- Contribuyen de múltiples maneras a la dilatación y edificación de la Iglesia.
- Remedian nuestra debilidad con su fraterna solícitud.
- Nos motivan a buscar con más ahínco el Reino de los Cielos.
- Nos enseñan el camino más seguro para llegar a la santidad verdadera.
- Nos manifiestan el rostro de Dios, que en ellos nos habla y ofrece un signo de su Reino<sup>89</sup>.

Digamos, también en este contexto, que nuestra devoción a los Santos une y fortalece a la Iglesia en el ejercicio de la caridad. Porque así como el amor fraterno nos une entre nosotros y con Cristo; de igual manera, y aún más excelentemente, el amor a los Santos cohesiona el Cuerpo de Cristo y lo une con su Cabeza<sup>90</sup>.

Ahora bien, el auténtico culto a los Santos, además de las prácticas exteriores que son incontables, consiste

“en la intensidad de un amor activo, por el cual, para mayor bien nuestro y de la Iglesia, buscamos en ellos el ejemplo de su vida, la participación de su intimidad y la ayuda de su intercesión”<sup>91</sup>.

La pedagogía de la encarnación nos enseña que los hombres necesitamos modelos que nos guíen. América Latina no es excepción a esta ley de la salvación. No podemos ignorar a los incontables Santos que nos han precedido y contribuido a afianzar nuestro radical substrato católico. Entre ellos:

- San Luis Beltrán (1526-1581), dominico, en Colombia.
- Santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606), clérigo secular, en Perú.
- San Francisco Solano (1549-1610), franciscano, en Perú.
- San Felipe de Jesús (1572-1597), franciscano, en México.
- San Martín de Porres (1579-1639), dominico, en Perú.
- San Pedro Claver (1580-1654), jesuita, en Colombia.
- San Juan Macías (1585-1645), dominico, en Perú.

89. Cf. *Idem*, *Lumen Gentium* 49, 50.

90. Cf. *Idem*, *Ibid.*, 50.

91. *Idem*, *Ibid.*, 51.

- Santa Rosa de Lima (1586-1617), laica consagrada, en Perú.
- Santa Mariana de Jesús (1618-1645), laica, en Ecuador.
- San Miguel Fejes Cordero (1854-1910), lasallano, en Ecuador.

Y a esta lista habría que agregar a los beatos Roque González, Juan del Castillo, Alonso Rodríguez, Ana de los Angeles Monteagudo y a tantísimos otros. Y tampoco puede faltar el ejemplo de tantos luchadores por la justicia y evangelizadores de la paz: Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, Manuel Nóbrega, Antonio de Valdivieso, Oscar Romero y otros<sup>92</sup>.

Concluycámos con una palabra sobre el glorioso patriarca *san José*, el hombre en quien Dios se confió. Nuestra vida en María nos lleva como de la mano a relacionarnos con él. A fin de estrechar amistad y robustecer la comunión deseamos participar en la intimidad de su misterio: José fue el joven que llamó esposa a la Madre de Dios y puso nombre al Hijo del Altísimo.

Toda su existencia es un ejemplo de vida cristiana. Ahora sólo deseamos subrayar la densidad teológica con que José vive el acontecimiento del anuncio-matrimonio<sup>93</sup>. Es fácil notar el paralelismo con la vivencia contemplativa de María en la anunciación-visitación. San José experimenta, en efecto, un doble momento de:

- *Soledad* en Dios: escuchando al Padre, conoce la obra del Espíritu, respecto al misterio del Hijo.
- *Solidaridad* matrimonial: obedeciendo a Dios toma consigo a María, su esposa; y a su hijo, Dios-con-nosotros, le pone por nombre Jesús.

Muy acertada estaba Santa Teresa cuando decía: "Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino"<sup>94</sup>.

Monasterio Ntra. Señora de los Angeles  
CC 34 - 7300 Azul  
Bs. As. - Argentina

Bernardo OLIVERA, ocsa

92. Cf. *Puebla*, 8.

93. Mt 1,18-25.

94. Santa Teresa de Avila, *Vida*, VI: 6,8.